

LAS DOS ESTANCIAS DE MARTÍ EN MÉXICO*

Por Mauricio Magdaleno

La distancia de tantos años y la intensidad con que José Martí sintió a México, al grado de que el dramatismo del encuentro de ambos habría de ser marca indeleble para el Apóstol, dan la impresión de que hubiese vivido en la patria de Juárez y Lerdo de Tejada por largas décadas o, cuando menos, por largos lustros. Sorprende comprobar, cotejando la cronología respectiva, que apenas estuvo entre nuestros abuelos, físicamente, durante un lapso de veintisiete o veintiocho meses.

En rigor, Martí vivió en México una sola temporada —determinante para él por lo que ve a su formación intelectual y a la idea americana de su subsiguiente e inflamada prédica—: la comprendida entre un día de febrero (el 8) de 1875 y otro de fines de enero de 1878, pese a que rompieron la continuidad de dicha temporada los siguientes accidentes: en enero del 77 y por la doble razón del triunfo del pronunciamiento porfirista y "el conflicto —como justamente lo estima Mañach— hasta ahora atenuado por la confusión juvenil y la vocación pública", salió a la Habana de incógnito, con su segundo nombre y su segundo apellido en el pasaporte: Julián Pérez. En febrero del propio año regresó a esta capital para casi inmediatamente volver a salir, esta vez a Guatemala, recomendado al Presidente Barrios, pero ya comprometido en matrimonio con Carmen Zayas Bazán, hija del abogado camagüeyano Francisco Zayas Bazán. Retornó a México a fines de ese mismo 77 y el 20 de diciembre casó con su esposa, expirando en enero de 1878.

Su segunda estancia en nuestra patria fue de entrada por salida (del 22 al 25 de julio de 1894), con la revolución de independencia de Cuba poseyéndolo ya por entero y con el único fin de invocar la

UNIVERSIDAD de México

VOLUMEN VII • NUMERO 73
MEXICO, ENERO DE 1953

ORGANO OFICIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO • MIEMBRO DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE UNIVERSIDADES

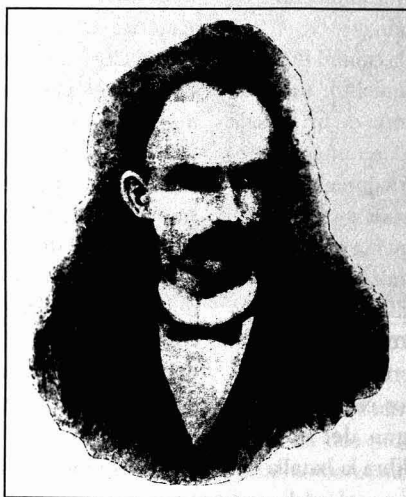
LAS DOS ESTANCIAS DE MARTÍ EN MEXICO

Por Mauricio MAGDALENO

La distancia de tantos años y la intensidad con que José Martí sintió a México, al grado de que el dramatismo del encuentro de ambos habría de ser marca indeleble para el Apóstol, dan la impresión de que hubiese vivido en la patria de Juárez y Lerdo de Tejada por largas décadas o, cuando menos, por largos lustros. Sorprende comprobar, cotejando la cronología respectiva, que apenas estuvo entre nuestros abuelos, físicamente, durante un lapso de veintisiete o veintiocho meses.

En rigor, Martí vivió en México una sola temporada —determinante para él por lo que ve a su formación intelectual y a la idea americana de su subsiguiente e inflamada prédica—: la comprendida entre un día de febrero (el 8) de 1875 y otro de fines de enero de 1878, pese a que rompieron la continuidad de dicha temporada los siguientes accidentes: en enero del 77 y por la doble razón del triunfo del pronunciamiento porfirista y "el conflicto —como justamente lo estima Mañach— hasta ahora atenuado por la confusión juvenil y la vocación pública", salió a la Habana de incógnito, con su segundo nombre y su segundo apellido en el pasaporte: Julián Pérez. En febrero del propio año regresó a esta capital para casi inmediatamente volver a salir, esta vez a Guatemala, recomendado al Presidente Barrios, pero ya comprometido en matrimonio con Carmen Zayas Bazán, hija del abogado camagüeyano Francisco Zayas Bazán. Retornó a México a fines de ese mismo 77 y el 20 de diciembre casó con su esposa, expirando en enero de 1878.

Su segunda estancia en nuestra patria fue de entrada por salida (del 22 al 25 de julio de 1894), con la revolución de independencia de Cuba poseyéndolo ya por entero y con el único fin de invocar la



Había pasado ya por el infierno de las Canteras de San Lázaro, en Cuba, y por el exilio en España, donde presentó examen de abogado. A los veintidós años se ve saliendo, apenas, de la adolescencia. Martí, sin embargo, ya no era un adolescente. En México maturaría del todo.

El viaje de Veracruz a la capital fue para él un interés declamatorio, no más que por lo que ve a la gloria de un paisaje que "emerge el corazón de tanta hermosura" y en el que "los ojos queman" y "se juntan los muros en gracias y plegarias", sino también y principalmente porque se le apreciaron, de balío, por primera vez, ciertas indígenas nacionales y continentales impresionantemente adivinatorias: "México crece. Ha de crecer para la defensa, cuando sus vecinos crecen, cuando a sus puertas se libra la batalla del mundo. ¿Qué va a ser de América? Roma o América, César o Espinarzo? ¿Qué importa que el César no sea uno si la nación, como tal, es cólera? ¿Abajo el cesarismo americano! Las tierras de habla española son las...

que han de salvar en América la libertad, las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en los Andes."

Su familia vivía en esta capital, ganándose dura y humilde la vida en la costura de ropa militar para un contratista del ejército mexicano, catalán el, Borrell de nombre. Los Martí tenían su hogar frente a la portada ultrabarrica de la Santísima, esquina a la calle de la Merced y a unos pasos de un jarrillo que a la fecha sigue teniendo algo de un antiguo aire romántico. En la estación lo abrazaron en padre, el viejo valenciano don Mariano, y algunos más, muy joven, que haría sacramento en él: Manuel Mercado. Hacía unos que había fallecido la más amada de sus hermanas, Ana ("la linda hermana mía"), una niña de dieciocho años a la que se llevó de este mundo un súbito mal cardíaco y la ausencia del hombre amado, el pintor Manuel Ocaranza, a la sazón en Europa.

Una vida, voléjente, facha mexicana, el primer pretendiente de Anita, en México, lo había sido, un año antes, Venustiano Carranza. El futuro Primer Jefe de la Revolución tendría, entonces, quince años: un jovenzuelo indolente recién llegado de Cuahuila, a hacer sus estudios en la Ilustre Escuela Nacional Preparatoria. No quedan huellas de aquel temprano amor. Los pasos de Martí y Carranza, por otra parte, no se encontraron nunca. Cuando el Apóstol apareció en México, el preparatoriano Carranza no tenía ya el menor contacto con la familia Martí. En el entierro de Anita —asienta Mañach— "todos vieron, pálido y hondo, a su primer pretendiente en México, el joven Venustiano Carranza. Confieso que tal vez revelación —cuya fuente ignoro— me impresionó por el alícuo de destino que remueve aquella tierna memoria mexicana."

Ocaranza y muchos otros, en mayor o menor grado, fueron amigos de Martí. En rigor, todos los de la pléyade literaria de los setenta lo fueron. Sin embargo, en quien se hizo carne y consensió el encuentro de México y Martí, fue Manuel Mercado. Fueron más que hermanos desde que se conocieron. Esa amistad fundó uno de los repulidos más vitaminosos de la extraordinaria correspondencia epistolar de Martí. El nombre de Manuel Mercado sobrevive, a la fecha, en función del Apóstol. Debe haber sido un mobiliario espíritu para que se prodigase tanta efusión entre él y el egregio cubano.

Y a propósito de Martí y Mercado. Si en alguna forma quisiese hacerse presente, Mi-chacán, por conducto de su antiguo e ilustre Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en el ya inminente primer centenario del natalicio de Martí, creo que ninguna sería más eficaz que producir la semblanza relativa a Mercado. Este y el Apóstol hacen una página todavía no explorada del todo. Una página que cortaría en seco la muerte, un 18 de mayo de 1895, a orillas del río Contramante, la vigora de la hora capital de Martí.

SUMARIO

RESPONSABILIDADES DEL ESCRITOR MEXICANO • ORIGENES DEL ESTADO DE LOS INCAS • EL PAPEL SOCIAL DE LA PRENSA • TUMBAS DE HOMBRES ILUSTRES • ESPIRITU AMERICANISTA DE CUBA • VERACRUZ EN EL FOLKLORE • LO QUE ESPERA LA CULTURA MEXICANA DE RUIZ CORTINES • PERIODISMO EN EL CARIBE



1. Rector Carranza y el ex Presidente Alvarado, en el "Día de la Dedicación" de la C. U.

ayuda material del Presidente Díaz para su causa, invocación a la que no hizo oídos sordos, por cierto, el omnipotente dictador de México. Median entre uno y otro capítulos mexicanos de la vida de Martí dieciséis años. Cuando se fue, después de aquella entrevista con los viejos amigos que refiere Luis G. Urbina, llevaba ya la muerte en el ala. Diez meses después caería para siempre en la campiña de Dos Ríos. La muerte interrumpió un último acto de comunión mexicana: Martí dejó inconclusa la última de una apasionada serie de cartas escritas en la Habana, en Guatemala, en Venezuela, en Nueva York, a Manuel Mercado, su fraternal amigo.

Cuando Martí, viajero del *City of Merida*, un paquete procedente de España vía Southampton y Nueva York, desembarcó en Veracruz, acababa de cumplir veintidós años. Había pasado ya por el infierno de las Canteras de San Lázaro, en Cuba, y por el exilio en España, donde presentó examen de abogado. A los veintidós años se ve saliendo, apenas, de la adolescencia. Martí, sin embargo, ya no era un adolescente. En México maduraría del todo.

El viaje de Veracruz a la capital fue para él un intenso deslumbramiento, no nada más por lo que ve a la gloria de un paisaje que "encoge el corazón de tanta hermosura" y en el que "los ojos queman" y "se juntan las manos en gracias y plegarias", sino también y principalmente porque se le aparecieron, de bulto, por primera vez, ciertas imágenes nacionales y continentales impresionantemente adivinatorias: "México crece. Ha de crecer para la defensa, cuando sus vecinos crecen para la codicia. Ha de ser digno del mundo, cuando a sus puertas se libra la batalla del



mundo. ¿Qué va a ser de América: Roma o América, César o Espartaco? ¿Qué importa que el César no sea uno si la nación, como tal una, es cesárea? ¡Abajo el cesarismo americano! Las tierras de habla española son las que han de salvar en América la libertad, las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en los Andes".

Su familia vivía en esta capital, ganándose dura y humildemente la vida en la costura de ropa militar para un contratista del ejército mexicano, catalán él, Borrell de nombre. Los Martí tenían su hogar frente a la portada ultrabarroca de la Santísima, esquina a la calle de la Moneda y a

unos pasos de un jardinillo que a la fecha sigue teniendo algo de un antiguo aire romántico. En la estación lo abrazaron su padre, el viejo valenciano don Mariano, y alguien más, muy joven, que haría sacramento en él: Manuel Mercado. Hacía un mes que había fallecido la mas amada de sus hermanas, Ana ("la linda hermana mía"), una niña de dieciocho años a la que se llevó de este mundo un súbito mal cardíaco y la ausencia del hombre amado, el pintor Manuel Ocaranza, a la sazón en Europa.

Una vida, refulgente ficha mexicana, el primer pretendiente de Anita, en México, lo había sido, un año antes, Venustiano Carranza. El futuro Primer Jefe de la Revolución tendría, entonces, quince años: un jovencuelo imberbe recién llegado de Coahuila a hacer sus estudios en la flameante Escuela Nacional Preparatoria. No quedan huellas de aquel temprano amor. Los pasos de Martí y Carranza, por otra parte, no se encontraron nunca. Cuando el Apóstol apareció en México, el preparatoriano Carranza no tenía ya el menor contacto con la familia Martí. En el entierro de Anita —asienta Mañach— "todos vieron, pálido y hosco, a su primer pretendiente en México, el joven Venustiano Carranza". Confieso que tamaña revelación —cuya fuente ignoro— me impresiona por el alatazo de destino que remueve aquella tierna memoria mexicana.

Ocaranza y muchos otros, en mayor o menor grado, fueron amigos de Martí. En rigor, todos los de la pléyade literaria de los setentas lo fueron. Sin embargo, en quien se hizo carne y comunión el encuentro de México y Martí, fue en Manuel Mercado. Fueron más que hermanos desde que se conocieron. Esa amistad funda uno de los capítulos más vitaminosos de la extraordinaria correspondencia epistolar de Martí. El nombre de Manuel Mercado sobrevive, a la fecha, en función del Apóstol. Debe haber sido un nobilísimo espíritu para que se produjese tamaña efusión entre él y el egregio cubano.

Y a propósito de Martí y Mercado. Si en alguna forma quisiese hacerse presente Michoacán, por conducto de su antiguo e ilustre Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en el ya inminente primer centenario del natalicio de Martí, creo que ninguna sería más eficaz que producir la semblanza relativa a Mercado. Este y el Apóstol hacen una página todavía no explorada del todo. Una página que cortaría en seco la muerte, un 18 de mayo de 1895, a orillas del río Contramaestre, la víspera de la hora capital de Martí. ♦

UNIVERSITARIOS:

Tres razones por las que debe usarse SOMBRERO:

SALUD: Conservar el cráneo libre de gérmenes nocivos. Cuidar su vista.

PRESENCIA: Cuidar de presentarse bien vestido, según la tradición mexicana.

COOPERACIÓN a las industrias del país, fomentando la prosperidad.

— SOMBREROS —

CASA MEXICANA
RODRIGO MONTES DE OCA

Tacuba 33. Junto al templo.

